

en CUBA

FIDEL CASTRO EN VENEZUELA

"SOMOS UNO Y LO MISMO"

VIERNES 23 de enero, en el aeropuerto militar de Columbia. Son las siete de la mañana y la embajada revolucionaria cubana, encabezada por Fidel Castro, se dispone a partir rumbo a Caracas, invitada a participar en los festejos con los cuales Venezuela celebra el primer aniversario del derrocamiento de Pérez Jiménez.

En la pista aguardan un Britannia, de la Compañía Cubana de Aviación y un Superconstellation, de la línea Aeropostal Venezolana. El número de los pasajeros excede la capacidad de los dos transportes. Se escenifica el forcejeo de rigor. Nadie quiere quedarse en tierra. Fidel resuelve el conflicto con una orden:

—Que alisten un aparato de la fuerza aérea...

El comandante en jefe asciende a la nave de la LAV, seguido de su escolta. Le acompañan Celia Sánchez, Violeta Casals, Luis Orlando Rodríguez el diligente jefe de relaciones públicas de la Aeropostal, Carlos de la Vega, sus ayudantes y un grupo de periodistas, incluyendo los enviados de BOHEMIA.

Por razones de seguridad, la flotilla se desvía de su ruta habitual, enderezando hacia el Gran Caimán, para bordear luego la costa de Colombia hasta Caracas. La tripulación la forman el capitán Julio Araque, el copiloto F. Alfonso, el radioparamor Nicolás Alvarado, el mayordomo Pina y la aeromoza Contreras.

Atrás queda el verde paisaje de la Isla. Antes de que transcurran treinta minutos los aviones están volando sobre el Caribe. Por entre los huecos de las nubes se advierte el mar, reverberando de luces al sol de la mañana. Fidel apenas si reposa en su asiento. Se levanta y camina de uno a otro extremo del pasillo. Habla, pregunta, comenta.

—Pedí que suspendieran la transmisión televisada de los juicios a los criminales de guerra, expresa. Es un espectáculo desagradable. Hiere la sensibilidad pública.

El ronronear de los motores ejerce su efecto en la comitiva. Algunos se dejan vencer por el sueño. La noche anterior ha sido de

PEDIMOS DE NUEVO PERDON A NUESTROS LECTORES

LAMENTANDOLO íntimamente, BOHEMIA se ve obligada a excusarse de nuevo con sus lectores —nunca tan numerosos como hoy, en que toda la ciudadanía busca vehículos impresos para encerrar, si fuera posible, todo su entusiasmo renacido y toda su fe reconquistada en el destino de Cuba—, por las demoras sufridas en su circulación. En muchos lugares de la Isla, la edición anterior ha llegado tardíamente. Son bien conocidas las causas, pero el público se resiente lógicamente de sus efectos: las comunicaciones aún no establecidas; el exceso de ejemplares que deben ser distribuidos y las deficiencias en el transporte. Confiamos, sin embargo, en que pronto podrán ser subsanadas y que esta revista, como es su costumbre y su vocación, llevará puntualmente a cada hogar, a cada mano, a cada conciencia, el mensaje cubano de ahora y de siempre.

constante jaleo, de incertidumbre, pendientes de noticias contradictorias sobre la hora de la partida. Muchos montaron una guardia impaciente en el vestíbulo del hotel Hilton. Otros fueron despertados por una urgente llamada telefónica.

Los únicos que no se dejan dominar por el cansancio son los bravos combatientes de la Sierra Mestra. Templados en la dura brega de la guerra, físicamente endurecidos por dos años de lucha, charlan y bromean animadamente, agolpándose junto a las ventanillas para localizar el trazo minúsculo de algún barco.

Así pasan las horas. Cuando se columbra la silueta maciza de la cordillera andina, Fidel se instala en la cabina de mando, junto al capitán Araque. Es mediodía y ahí está Caracas, resplandeciente y blanca, con la línea empuñada de sus modernos rascacielos, a los que las cimas retadoras restan perspectiva.

Exclamación de FC:

—¡Ah! Si La Habana hubiera estado rodeada de montañas, la guerra no hubiera durado tanto tiempo...

Le interrumpe el radioparamor para entregarle un mensaje. Es el primer saludo que recibe del noble pueblo venezolano. Se trata de un

radiograma-tránsito y lo cursa la tripulación de una nave de la Aeropostal, vuelo número 254. Desde un punto indeterminado en el espacio dan la bienvenida al héroe de la revolución cubana. Firman el capitán René Arreza y sus compañeros de faena.

—Redáctame una respuesta, pide Fidel a un periodista.

El Britannia ya se ha posado en el aeropuerto de Maiquetía. Desde el Superconstellation se advierte el impresionante panorama de la multitud. No se escucha con los sentidos, se percibe con el espíritu el cálido rumor de millares de caraqueños.

El avión dibuja círculos sobre la ciudad. Abajo, una cordillera de autos se dirige hacia la terminal aérea. Se ven las telas y banderas. Caracas está de fiesta. El aterrizaje se demora mientras se establece contacto con las radioemisoras que van a transmitir el saludo y la gratitud de Cuba en la voz de su líder.

—Esto, más que un mensaje —son las palabras del comandante en jefe— es la expresión del extraordinario momento que estoy experimentando. He quedado deslumbrado con el panorama que me ofrece la ciudad de Caracas. Cuando volamos por sobre los cerros

caraqueños me daba la impresión de que estaba en la Sierra Mestra. Reciba el pueblo de Caracas y de Venezuela mi más profundo agradecimiento por esta oportunidad que me brinda de asistir al aniversario de su liberación. Estoy emocionado con este cielo tan azul, que se ve más bonito porque lo embellece la libertad.

Desde la propia nave, un locutor venezolano, responde al emocionado mensaje, leyendo una nota publicada en el diario la Razón.

—Hoy vive el pueblo venezolano su emoción más profunda y martiana. Un hijo de Cuba, de la misma pasta del Apóstol y de la textura batalladora de Maceo, viene a compartir con nosotros el aniversario del 23 de enero. Y viene después de haber realizado la hazaña libertadora y libertaria más asombrosa de nuestro tiempo americano.

—Venezuela está de fiesta con la llegada del gran caudillo cubano, hijo de Martí. Porque Fidel Castro —libertad en pie de guerra— está en su casa.

Cuando el avión enfila la pista de aterrizaje, la muchedumbre desborda los cordones de protección. Nada la contiene. Por unos segundos parece que va a producirse una catástrofe, porque han inundado la pista, en el camino del poderoso aparato aún con las hélices en marcha.

El piloto tuerce bruscamente a la izquierda, proa al mar lejano, eludiendo a la gente que casi quiere detener el transporte con sus manos. Hay unas cuantas sacudidas y el poderoso cuatrimotor se detiene. Enseguida, queda envuelto en una marejada humana.

Es la 1:25 minutos de la tarde, hora de Caracas, Venezuela.

Los colores del 26

Desde muy temprano, el pueblo empieza a desplazarse hacia el aeropuerto. Una interminable teoría de vehículos congestiona las vías de acceso. Junto a las banderas de Venezuela y Cuba, hermanadas en el goce de la libertad, flotan como un doloroso toque de atención, las enseñas de Santo Domingo y Nicaragua.

El rojinegro del 26 de Julio se ve por todas partes. Por sobre las cabezas se alzan retratos de Fidel y cartelones alusivos. La patria de Bolívar, que sufrió a Pérez Jiménez



nez y a Pedro Estrada, que conoció los horrores de los calabozos de la Seguridad y de los campos de concentración del Orinoco, comprende el afán de justicia en que se abraza Cuba.

Un enorme letrero supera en radicalismo a los que se exhibieron frente al Palacio Presidencial de La Habana.

—Fusilamiento NO; Picadillo SI...

Hay una nota simpática. El buen humor popular florece en todas latitudes y a veces hace de inocente venganza para castigar a los verdugos de pueblos. Pérez Jiménez también concurre a recibir a Fidel Castro. No se trata, por supuesto, del tirano en presencia física. Es un enorme muñecón, inflado y grotesco como su original, vestido con los ridículos arreos militares, que un grupo de muchachos enarbolan en la autopista de la Guaira.

La infantería de marina es imponente para contener al público. A las diez de la mañana ya hay cincuenta mil personas. Cuando aterriza el Britannia de la CCA se produce la primera invasión de la pista. Los altoparlantes ensavan poner freno al delirante entusiasmo.

—Atención... atención... En este avión no viene Fidel Castro. Son miembros de su escolta y periodistas...

No importa. Todos quieren ver de cerca a los barbudos legendarios héroes de América. Cuando se difunde la noticia de que son soldados de la columna Simón Bolívar, el júbilo adquiere forma de frenesí. Se aproxima la escalerilla y a la puerta asoma una figura en uniforme verde olivo. Bajo la gorra militar se escapa una melena copiosa, las mejillas tapizadas por una fronda espesa y negra. Al hombre, un M-1, y en la cintura la ancha canana llera de peines y una granada.

—¡Viva Cuba! ¡Viva Venezuela! ¡Viva Fidel!

No le llaman por el apellido. En Venezuela, como en Cuba, es simple y llanamente Fidel con el derecho que a la familiaridad da el cariño. Una avalancha asalta la escalerilla, construida para soportar el peso de hasta ochenta personas. No esperan que los viajeros desciendan, sino que suben a buscarlos.

La escala es sacudida, cruje y luego se desploma con su carga humana. Hay numerosos heridos que son recogidos rápidamente. El incidente no detiene el ímpetu de la multitud. Los barbudos saltan a tierra, donde son recibidos por brazos acogedores. Al cañón de los fusiles se atan pequeñas banderas.

Se destaca una circunstancia singular. Fidel Castro y sus hombres son el primer grupo militar que pisa tierra venezolana con sus armas al hombro.

—Homenaje rendido a nuestros hermanos cubanos, comenta el diario Pregón, para significarles que no son extranjeros, sino que vienen a su casa. Una vez efectuado el homenaje de armas—caso excepcional en nuestra historia—las armas de los guerrilleros cubanos fueron depositadas en la Jefatura Militar del Aeropuerto, siendo el capitán Murillo de las FAC quien las recibió.

Los infantes de marina, tras titánicos esfuerzos, conducen al grupo de rebeldes de la Sierra hasta un salón de la terminal aérea. Los comandantes Pedro Miret, "Paco"

Cabrera, Pedro Duque, Orlando Izquierdo y Gutiérrez Menoyo, lucen sofocados, pero contentos. Hasta allí van a buscarles centenares de muchachas. Firman autógrafos, les acarician el cabello y las barbas. Algunas cubanas residentes en Venezuela les abrazan llorando.

—Estamos aturridos, balbucea Miret. No merecemos tanto...

A las 12:30 estalla un enorme clamor. Al primer instante se piensa en la proximidad de la nave que conduce a Fidel. En seguida se conoce que acaba de llegar el contralmirante Wolfgang Larrazábal. La multitud se precipita sobre el carro del marino. Larrazábal viste de uniforme. Sonríe aanchamente.

En la Jefatura del aeropuerto, el ex jefe de la junta de gobierno saluda a la escolta de FC. Para Larrazábal, personalmente, el 23 de enero también es un gran día. Hace exactamente un año que sus navíos de guerra en acción coordinada con la huelga general, precipitaron la expulsión del enano de Miraflores.

La invasión popular acrece su volumen. Caracas, son los propios venezolanos quienes lo dicen, nunca ha presenciado nada parecido. Se aventuran cálculos y todos convienen que el recibimiento excede a las cien mil personas. El público desborda la pista en la punta este. Los infantes ceden terreno en la punta sur.

en CUBA

26. Se emociona. Se vuelve hacia uno de sus compañeros de viaje.

—Mira, negro y rojo, como en Cuba.

Y seguidamente:

—Pero esto es asombroso. Ha sido la emoción más grande de mi vida y yo no suelo mentir nunca. Es que Venezuela nos ha dado a nosotros sin que Cuba haya dado nada a Venezuela. Esta recepción es maravillosa. Esperaba la conocida bondad del pueblo venezolano, conozco la hospitalidad de estas gentes, pero tanto es asombroso.

Ya en tierra, Fidel y sus acompañantes se dirigen hacia los autos que les esperan para trasladarse a Caracas. Son unos pocos metros los que debe recorrer, pero parece como si nunca fuera a llegar a su destino. Le detienen, le abrazan. El reflejo multitudinario le zarande de un lado a otro. Alguien, seguramente un admirador, le susurra la pistola del cinto. En años venideros podrá mostrar el arma a sus nietos como una reliquia histórica.

No es fácil organizar la caravana. Diez mil, quince mil, no se sabe cuántos vehículos de todo tipo inundan la autopista. La caravana de carros se atasca frente a la muralla humana que les cierra el paso. La marcha es lenta y las paradas se suceden. A través de la Avenida Urdaneta miles y miles de venezolanos vitorean a Fidel. Igual

cha del convoy oficial. Les sigue el pueblo.

Sin protocolo

La estancia en el elegante restaurante del Pinar se prolonga hasta cercanas las seis de la tarde. Es la junta de gobierno que rige los destinos de la patria del Libertador la que ofrece el homenaje a los personeros de la tierra de Martí. A ambos lados de Fidel se sientan el canciller De Sola y el ministro del interior, Augusto Márquez Cañizales.

Se prescinde de todo ceremonial y protocolo. La jornada ha estimulado el sano apetito de venezolanos y cubanos. Se habla, se ríe, se narran anécdotas de la Sierra y se recuerdan dramáticos episodios del 23 de enero de 1957, que marcó el desplome de la tiranía de Pérez Jiménez, el nefasto general "Tarugo".

Allí estaban Gustavo Machado, Miguel Otero Silva, Ojeda, Larrazábal, Gonzalo Barrios. Funcionarios, marinos, soldados, periodistas, se mezclan con los barbudos. Todos se entienden porque en definitiva hablan el mismo lenguaje, el lenguaje que debe ser la voz de América, el lenguaje de la libertad.

El canciller René de Sola pronuncia unas cordiales palabras de salutación. Le responde el héroe del Moncada.

—Quiero que el concepto Patria tenga mayor alcance, que al decir patria nos estemos refiriendo a la Gran América que componen nuestras pequeñas patrias.

Mira el reloj de pulsera: —Ahora debemos irnos. El pueblo nos espera desde hace muchas horas. Allí continuaremos hablando.

Entretanto, Caracas aguarda a Fidel en la Plaza del Silencio. Es la misma apoteosis del aeropuerto de Maiquetía. El espectáculo copia al carbón el acto de La Habana el miércoles 21. Hasta donde alcanza la vista se extiende un mar de cabezas. Las gentes se apretujan en los balcones y azoteas engalanados de banderas. La concurrencia, certifica la prensa caraqueña, excede a las trescientas mil personas.

El público trata de asaltar la tribuna que amenaza con venir al suelo. Por los micrófonos se dirigen ruegos y apelaciones. Hay mujeres desmayadas, con síntomas de asfixia. A un policía le estalla accidentalmente una bomba lacrimógena y la multitud, considerando agredida, reacciona con violencia y se desata un breve tumulto. A poco renace la calma y el desorden se transforma en: aplausos y vítores cuando se advierte la presencia de Fidel Castro.

No puede llegar a la plataforma. Apenas si se le contempla aprisionado por el pueblo. Es Fabricio Ojeda, a nombre de la Junta Patriótica que forjó la victoria del 23 de enero, quien abre el acto. Es breve y cierra su discurso con una frase que traduce los anhelos del continente.

—La hora de América, la hora de la justicia ha llegado. El espíritu de la revolución popular está cabalgando sobre los suelos de América.

Y Larrazábal:

—Hoy estoy hablando como un venezolano más, que se siente feliz y dichoso porque aquí se encuentra el líder máximo de la revolución cubana que vino a compartir con nosotros estas horas de feli-

UN SURVEY NACIONAL

BOHEMIA se dispone a realizar, como un medio de auscultar la opinión pública y de penetrar en sus inquietudes básicas, en sus preocupaciones, quejas y aspiraciones más tenaces, lo que durante los siete años de la dictadura no pudo hacerse en Cuba: un "survey" de carácter nacional. Durante el ominoso período, el servicio de publicidad del doctor Raúl Gutiérrez tuvo que recesar en esa función pública indispensable; ahora podrá captar de nuevo, como lo hiciera en épocas lejanas de vigencia democrática, las palpitaciones de la vida popular. Todas las clases y sectores de la población, plétoricas de ansias transformadoras, vertirán en ese necesario vehículo informativo su palabra libre y responsable. Hasta el último rincón de Cuba, en los campos secularmente mudos donde viven sus guajiros y donde los ha despertado a mejores horizontes la revolución victoriosa, dirá el más humilde compatriota lo que no debe seguir existiendo y lo que debe urgentemente existir en la Isla. Es una cita que tiene BOHEMIA con su pueblo y que cumplirá en breve.

Cuando aterriza el Superconstellation la escalerilla es utilizada como ariete para abrir paso al comité de recepción. Las unidades de la marina y la guardia nacional son arrolladas. Simplemente, la muchedumbre las devora. No hay cordón capaz de resistir la ola.

Aparece Fidel saludando con la mano mientras contempla tal desbordamiento con ojos de asombro y velados de emoción. Larrazábal, Jovito Villalba, Fabricio Ojeda, Luis Beltrán Prieto, a nombre de Acción Democrática, le abrazan. Suben otros. Son muchos y cada uno de ellos representa un pedazo de Venezuela libre. Abajo, la ovación se prolonga ensordecedora. Fidel señala las mujeres de blusa roja y saya negra, los colores del

ocurre en la carretera Simón Bolívar y en la plaza Venezuela.

La meta inmediata es el restaurante El Pinar, donde se le ofrece un almuerzo. La distancia es de sólo 17 kilómetros y demora tres horas en recorrerlos. En el primer auto, con el sargento rebelde Pablo Lovainas al volante, viaja parte de la escolta de barbudos al mando del comandante Cabrera. En el segundo carro, Celia Sánchez, frágil, abnegada, ensaya pasar inadvertida. Los caraqueños, que conocen a la heroína de la Sicra, la aclaman entusiastas.

Detrás viene Fidel, acompañado por el contralmirante Larrazábal. En sus manos enarbolaba una bandera de Venezuela. Otros autos y jeeps, conduciendo el resto de la guardia fidelista, cierran la mar-

ciudad. Durante todo el día de hoy he estado acompañando a esta máxima figura americana, al "relámpago de la Sierra Maestra". Venezuela es hoy una tierra que pueden visitar estos hombres insignes de América.

Fidel, al fin, está en la tribuna. Los gases le han afectado y con un pañuelo se limpia los ojos acuños. Al contralmirante siguen el líder de Unión Democrática, Jóvito Villalba, y el secretario general del Partido Comunista, Gustavo Machado. Desfilan ante los micrófonos tres cubanos: Jorge Henríquez, Orestes Valera y Luis Orlando Rodríguez.

—Fidel Castro y su comitiva, dice José González Navarro a nombre del Comité Sindical Unificado, constituyen la expresión más noble y pura de la revolución democrática cubana.

Habla Jesús Carmona, presidente de la Federación de Centros Universitarios. Es un discurso insuflado de fogosidad juvenil, en el que reclama para los cómplices de la tiranía del general "Tarugo" idéntica justicia a la que se está aplicando en Cuba contra los criminales de guerra.

—...Y ahora Fidel Castro...! La ovación y el clamor ahogan los altoparlantes. Otra vez surge un conato de asalto a la tribuna. Parece que FC no va a encontrar silencio para decir su palabra. Es de noche, y sobre el fondo iluminado de los ventanales y balcones, se siluetean miles de espectadores. El hombre de la Sierra aprieta las dos manos por sobre la cabeza en gesto de saludo. Las lleva a la espalda y se inclina ligeramente.

—¡Hermanos de Venezuela! Se aquieta el rumor. Es el acento de súplica con que Fidel siempre inicia sus discursos desde que bajó victorioso de las montañas orientales.

—¡Hermanos de Venezuela! Si pudiera con alguna frase expresar la emoción que he experimentado en el día de hoy lo diría todo afirmando que he sentido una emoción mayor al entrar en Caracas que la que experimenté al entrar en La Habana. De algún modo era, en cierto sentido natural, que el pueblo cubano diese al ejército rebelde las pruebas de cariño que nos dio. Por el pueblo de Cuba habíamos estado luchando durante siete años. De nosotros esperaba el pueblo de Cuba la liberación. De nosotros esperaba la libertad... Era lógico que los cubanos abriesen sus brazos para recibirnos.

Una pausa: —Sin embargo, de Venezuela sólo hemos recibido favores. De nosotros nada han recibido los venezolanos. En cambio, nos alentaron durante la lucha con su simpatía y su cariño. Hicieron llegar a Bolívar hasta la Sierra Maestra. Divulgaron por toda la América las transmisiones de Radio Rebelde. Nos abrieron las páginas de sus periódicos... Y después de haberlo recibido todo, al llegar a Venezuela nos encontramos con que nos reciben con el mismo cariño con que nos recibieron los cubanos.

—¿Por qué vine a Venezuela? Vine a Venezuela, en primer lugar, por un sentimiento de gratitud. En segundo lugar, por un deber elemental de reciprocidad para todas las instituciones que tan generosamente me invitaron a convivir con Venezuela este día glorioso del 23 de enero. Pero también por otra razón: porque el pueblo de Cuba necesita la ayuda del pueblo de Venezuela. Porque nues-

EL DERECHO DE ASILO

DESDE el triunfo de la gloriosa revolución democrática contra el batistato, la frecuencia con que muchos notorios culpables del régimen abatido, algunos de ellos delincuentes vulgares, odiados conscientemente por el pueblo, consiguieron refugio en embajadas de países amigos, dió lugar a críticas insistentes. Lamentaban unos que el derecho de asilo, generosa conquista de la civilización, pudiera cubrir con su manto a connotados pillos, a criminales de guerra y a enemigos del género humano; estimaban otros que el convenio adoptado en la Conferencia de Caracas para consagrar esa nobilísima aspiración era demasiado extensa, y que por querer garantizar hasta el último límite la seguridad personal de todo perseguido político, dejaba abierta la puerta a los peores sicarios y verdugos de las tiranías de turno cuando éstas se derrumban.

Estas apreciaciones son parcialmente justas. El derecho de asilo debiera estar definido de modo tal que no pudiera jamás confundirse al que por razones políticas o ideológicas busca protección bajo el techo de una embajada, en virtud de estar en peligro su vida, del malhechor público que abusó de la autoridad que ostentaba para maltratar o ultimar a prisioneros y del funcionario malversador y trapacero, como hubo tantos en el batistato hoy vencido. Pero mientras esa necesaria definición no se haga por la vía lícita de un nuevo convenio entre los países latinoamericanos, todo gobierno, aunque sea revolucionario, debe respetar sus términos actuales, porque son obligaciones de la República, concertadas internacionalmente, y que no comprometen sólo a un régimen determinado, sino a todos. Resulta preferible que por el canal propicio del derecho de asilo escapen a la sanción algunas alimañas bien conocidas, a que se ignore o se viole un derecho específicamente latinoamericano, que honra al continente en que se concibió y aplicó.

Es preciso estar claros sobre este problema, que lo es de derecho internacional y de justicia general: debe gestionarse la modificación del derecho de asilo en el sentido que sugerimos, y aún tratar de superar sus deficiencias por la vía de la extradición, pero nunca desconocer en este momento ese logro irrevocable del espíritu americano.

tra patria está sufriendo la campaña más criminal, canallesca y cobarde que se ha lanzado contra pueblo alguno.

Hace el recuento de la gesta que liberó a la Isla. Insiste, apasionadamente, en el derecho de Cuba a la justicia. Ha logrado el milagro del silencio. Crece a medida que habla y sus palabras cobran un excepcional acento americano. Brotan los nombres de Bolívar y de Martí.

—¡Ojalá que el destino de nuestros pueblos sea un solo destino! ¿Hasta cuándo vamos a estar en el letargo? ¿Hasta cuándo divididos, víctimas de intereses poderosos? Si la unidad dentro de nuestros pueblos ha sido fructífera, ¿por qué no ha de serlo más la unidad de naciones? Ese es el pensamiento bolivariano. Venezuela debe ser el país líder de la unidad de los pueblos de América...

Al final:

—Llevo en mi corazón el impacto de las multitudes.

"Fidel tomó a Caracas"

Es un cintillo del tabloide Pregón. Es cierto, la noble ciudad cuna de Bolívar se rinde al hijo de Cuba. Fidel es un símbolo del vigoroso anhelo de redención económica y política que agita el subsuelo americano. Para revitalizar, siquiera en el campo de las ideas y el espíritu el sueño colosal del

Libertador, ningún escenario mejor que la propia patria del héroe de Junín.

Únicamente la fortaleza física de los barbudos es capaz de resistir el programa que se ha impuesto Fidel. La toma de Caracas tiene un reverso. Es Caracas quien se apodera de Fidel. A su paso, las madres alzan los hijos pequeños para que tengan un atisbo del héroe. Los dedos que nunca se fatigaron sobre el gatillo sostienen el bolígrafo, firmando autógrafos.

Sobre una blanca hoja de libreta traza un saludo que le solicita un reportero de El Nacional. El periodista examina el documento y hace una observación.

—Comandante, Usted escribe Pueblo con mayúscula.

Y Fidel:

—¡A ver! ¡Hasta en la ortografía se expresa la democracia!

Los homenajes tienen un hondo contenido popular. Los vecinos de la zona conocida por Los Meceadores acuerdan cambiarle el nombre al barrio, que ahora se llama Sierra Maestra. Una comisión visita a FC para pedirle que visite la barriada.

No faltan las notas simpáticas. Un reportero recibe la encomienda de entrevistar a la legendaria Celia Sánchez. El periodista, lápiz en ristre se abre paso hasta el grupo de cubanos. Allí está, de espaldas, una figura delgada, vistiendo el glorioso olivo del M-26-7. Sobre los hom-

bros le cae una copiosa melena negra.

—Señorita Celia... ¿Me permite?

El uniforme de kaki verde se vuelve entre risueño y sorprendido. Una barba espesa, hirsuta, le cubre el rostro. Todos ríen el pintoresco equivoco. Otro miembro de la escolta del líder rebelde atrae la atención. Sus compañeros le llaman "Blakaman". Está totalmente afeitado, pero en cambio luce sobre el cráneo una frondosa cabellera de varias pulgadas de densidad.

El sábado 24 es un día atareado. Son muchos los campesinos y los actos señalados. El itinerario se desenvuelve con notable retraso. Fidel, que imponía una precisión cronométrica en las operaciones militares, se desentendiende del reloj y se deja arrastrar por la ola popular. Mientras le aguardan con generosa tolerancia las representaciones oficiales, él charla con el pueblo, responde preguntas, suscribe autógrafos.

La recepción en el Concejo Municipal ocupa el primer sitio en el programa. El jefe revolucionario, en sesión solemne, es declarado Huésped de Honor. Las firmas FC y sus acompañantes quedan estampadas en el Libro del Consejo. Celso Fortuél Padrón dice las palabras de bienvenida. Le responde Fidel. Su voz es bronca. Desenvuelve una nueva tesis, la de la misión del revolucionario, que debe ser desinteresada, y la de la obligación del militar, que debe ser obediente a la ley y celoso de la justicia.

—Los pueblos, en estos últimos años, sentencia, han aprendido mucho. Se han despertado y están despertando.

Alza la vista hacia un óleo que decora el salón. El cuadro recoge el instante estelar en que los próceres venezolanos firman el acta de independencia. Calla, con los ojos clavados en la pintura. Todos siguen la dirección de su mirada.

—Imaginen aquel 5 de julio de 1811, continúa. Aquellos héroes se sintieron felices ese día, porque creyeron haber conquistado la libertad definitiva del pueblo. Y, sin embargo, ¡cuánto ha tenido que luchar Venezuela después de esa fecha, ¡es que la historia de América se ha escrito con dolor, con sudor, con lágrimas, con sangre!

En el recinto aguarda, pacientemente, la comisión congressional integrada por Jóvito Villalba, Gonzalo Barrios, Miguel Ángel Landáez y César Rondón Lovera, que van a acompañarle hasta el Parlamento. Con la frase final emprende el camino hacia la nueva tribuna.

La sesión, en la Cámara de Diputados, comienza exactamente a las 12 del día. Se repiten las escenas de apretujamiento. Muchas personalidades, con invitaciones especiales, apenas encuentran acomodo en la "barra", como llaman en Venezuela a las tribunas del público. Otros no pueden penetrar en el palacio legislativo. Como viene sucediendo invariablemente, al paso de Fidel Castro se quiebran protocolos y ceremoniales. Las gruesas botas de campaña de los barbudos se hunden en las mullidas alfombras.

Rafael Caldera, ex candidato presidencial y presidente de la Cámara, declara abierta la sesión. El secretario lee el punto único en el orden del día. A seguidas se concede la palabra al doctor Domingo Alberto Rangel, diputado de Acción Democrática. Es un hombre joven, trigüeño, de espejuelos. Cultiva una oratoria nueva y distinta.

Habla conjugando el aplomo con la pasión. Es parco en los gestos. La mano izquierda, con el índice proyectado hacia el vacío subraya los vigorosos períodos. Tan pronto comienza, todos comprenden que van a escuchar un discurso de excepcional dimensión.

—Estamos recibiendo a un hijo de Venezuela, afirma, porque Fidel Castro tiene carta de naturaleza en nuestro país. Venezuela, madre de libertadores, debe premiar como hijo suyo a quien ha sabido liberar de la opresión y del terror a un país hermano. Somos, Fidel Castro, un país que jamás se encerró dentro de sus fronteras, que no vivió con heroísmos ajenos el drama de las patrias hermanas, y que ha tenido como orgullo de todas las épocas de su historia el haberle tendido la mano al continente americano, para ayudarlo a salir de las tinieblas y llevarlo a la luz infinita de la libertad.

—La figura que ahora nos visita, prosigue el orador, y quiero decirlo sin incurrir en el pecado de sacrilegio, tiene rasgos que le semejan de manera notoria, con aquel joven Simón Bolívar, que en 1812 abandonó Venezuela. Aquel joven Bolívar, un poco jacobino y hasta díscolo, tenía una idea que lo obsesionaba y por la cual se había convertido en peregrino de las rutas de América: la idea de liberar a Venezuela.

Apunta hacia el caudillo de la Sierra, sentado en el estrado presidencial:

—Castro es hoy un héroe, quizás el único héroe que ha producido la América Latina desde que terminó la gesta de los Libertadores; Pero el héroe no significaría nada, o se perdería en la tragedia del fracaso, si no tuviera a su lado un pueblo, que es la materia prima de la historia, porque la historia se hace en el juego de clases sociales que van tejiendo una tela, y se hace también con la voluntad férrea y firme de los pueblos que aspiran a libertarse y progresar.

Hace el elogio de los campesinos que fueron columna vertebral del ejército rebelde, y que en todos los países— en Venezuela los llaneros "pata en el suelo"— son los que hacen las revoluciones, porque así fue cuando la gesta de Bolívar y la de Emiliano Zapata en México, y la

en CUBA

de los guerrilleros colombianos, "donde es posible que de haber habido políticos más responsables o heroicos, hubieran acampado sus caballos a orillas del Capitolio de Bogotá".

En otro hermoso párrafo:

—Y he de mencionar, porque la justicia exige nombres, a la mujer cubana representada en Celia Sánchez, capitana del Ejército Rebelde, hija de médico, secretaria y abanderada, combatiente y guerrillera, enfermera y colaboradora abnegada de la Revolución.

Se refiere a la visión política del conductor del M-26-7 al rechazar la farsa urdida por Cantillo, comparando el momento con los diez días que conmovieron al mundo de John Reed.

—Y ordenó a su Ejército que salvara las distancias para proceder como los toreros en la suerte final de la lidia, hundir el estoque hasta que cayera la bestia.

La imagen taurina se clava de un golpe, retratando exactamente las horas inciertas del 1.º de enero. Los cubanos son los que inician, puestos en pie, la clamorosa ovación. Rangel les compensa de muchas incomprensiones e injusticias.

—Fidel Castro es el jefe de una revolución mucho más profunda, audaz y sólida que la nuestra. En Cuba, todo el aparato de opresión se viene al suelo y fue triturado por los pies del Ejército Rebelde. De la dictadura de Batista no queda nada. Nosotros, en cambio, ni siquiera sancionamos a los ladrones, muchos de los cuales se marcharon del país alegremente, como los boxeadores o los artistas de cine. Yo recuerdo el espectáculo bochornoso de un ministro de Obras Públicas, despidiéndose en el aeropuerto de Maiquetía con una sonrisa y trazando con una mano gestos casi deportivos. Aquel hombre llevaba en sus maletas los millones del pueblo venezolano. Parece que el perdón fuese la principal virtud de Venezuela, pero el perdón, tratándose de recuperar lo que pertenece al pueblo, no es otra cosa que una infame alcahuetería que

ningún hombre honrado debe aceptar.

Dramáticamente:

—Y esa es la historia de Venezuela. Llevamos ciento cincuenta años de vida republicana y todavía la justicia en este país no ha sido escrita con letras indelebles. Por eso, Fidel Castro, este pueblo sabe valorar la Revolución cubana y su valor y su firmeza. Por eso, Fidel Castro, nuestra solidaridad hacia ustedes no es de palabra, porque nos sale del corazón y quiere juntarse con ustedes para hacer de Venezuela y de Cuba, no dos patrias, sino una misma patria.

La emprende vigorosamente contra la conjura internacional que ha escogido a Cuba como su presa predilecta.

—Eos que critican, denuncia, fueron los mismos que mientras en San Agustín del Sur brillaba fresca la sangre de Ruiz Pineda hacían brillar en el pecho de Pérez Jiménez, no la sangre que en ese caso hubiera sido de castigo, sino el oro de una condecoración que será siempre el baldón del país que la otorgó y del presidente que la impuso.

Recuerda que en el caso de Venezuela, como en el de Cuba, los sesudos organismos internacionales cerraron los ojos y los oídos al sufrimiento de las dos repúblicas crucificadas. Nunca hubo tiempo para responder al clamor que bajaba de los Andes y que traían las brisas del Caribe.

—Pero ahora, habla colérico y mordaz, el humanitarismo que inverna como un mamífero en el polo durante tanto tiempo, se cubre de ternura y viene a ofender la justicia de los revolucionarios. Podría decirse, citando al Quijote, que hay razones de mucho peso para asumir esa actitud, pero de ese peso que hace doblegar la bolsa tintineante que se cuenta en oro y en moneda. Nosotros conocemos, Fidel Castro, ese drama de la justicia que tiene peso metálico. Lo hemos padecido durante años.

Y cierra la extraordinaria pieza oratoria:

—Que los triunfos de Cuba no

sean solamente de Cuba, y que los triunfos de Venezuela no sean solamente de Venezuela, sino de cubanos y venezolanos. Construyamos el gran continente de la democracia y del bienestar humano para dejar de ser los conejillos de indios en los laboratorios de la política internacional, y convertirnos en países definitivamente soberanos que tienen derecho a la luz, pero que también tienen derecho al pan.

Durante más de un minuto el diputado Rangel es aplaudido delirantemente. La ovación acrece cuando se pone en pie Fidel Castro. El severo recinto legislativo se desdobra en plaza pública y los congresistas comparten el entusiasmo de la "barra".

—¡Abajo, Fidel, abajo!

Los gritos, escuchados por las cadenas de la radio, podían confundir a los oyentes. Se pide, simplemente, que el Caudillo de la Sierra descienda del presidium de la tribuna. FC solicita permiso para complacer al pueblo y ocupó el puesto dejado vacante por Domingo Alberto Rangel. Es el cuarto discurso de Fidel en las últimas veinticuatro horas.

—Tengo el compromiso, advierte de entrada, de no tocar los asuntos de la política venezolana, aunque se me hace difícil, porque aquí y allá han ocurrido sucesos muy similares y la situación es bastante parecida. Allí se ha procedido y estamos procediendo en una forma más rápida. Pero aquí en Venezuela se puede llegar a los mismos fines, porque ya cuentan con un Congreso que puede dictar leyes revolucionarias. En Cuba tendremos también un Congreso en un plazo menor de dos años. Ellos, los tiranos, no sólo disuelven a veces los Parlamentos, sino que a veces se dan el lujo de tener un Congreso servil que les obedece sus órdenes. Pero en esta Cámara, que es representación legítima del pueblo, puede hacerse una revolución tan profunda como la que se está haciendo en Cuba por otros procedimientos.

Alguien grita desde lo alto de "la barra":

—Aquí no ha habido verdadera revolución...

Fidel levanta la vista tratando de localizar al interruptor. No se in-



SLOGAN CONOCIDO.

"Mejores de punta a punta"